

GRANDES ÁMBITOS CULTURALES DE LA HISTORIA EUROPEA

Universidad Carlos III de Madrid

Profesor: Dr. D. Alfredo López Serrano

2- EL MEGALITISMO

La unidad europea antes de la existencia de Europa

Hasta el siglo XVIII se pensaba que los monumentos megalíticos eran los restos de las construcciones de los gigantes antediluvianos que según el Génesis poblaron la tierra antes de la existencia de los seres humanos:

“Existían por aquellos días en la tierra los gigantes, e incluso después de esto, cuando los hijos de Dios tomaron a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos, que son los héroes, desde antaño varones renombrados” (Génesis, 6, 4)

A la palabra revelada se unían las tradiciones locales, muchas de cuyas leyendas asociaban su origen a Satanás u otras fuerzas demoníacas, mientras los historiadores del siglo XIX especularon sobre su relación con los pueblos más dispares, egipcios, los fenicios, los celtas e incluso con un presunto pueblo megalítico. Tampoco hoy dejan indiferente a muchos investigadores de todo tipo, y en torno a estos misteriosos monumentos se generan las más aventuradas hipótesis, bien sea en su relación con seres extraterrestres o con dataciones prehistóricas imposibles.

Aun con el espíritu racionalista más frío, no dejan de sorprender la envergadura de los monumentos ni la extensión del fenómeno, no sólo en Europa occidental, sino en el este del continente, en Marruecos, en la costa del mar Negro, en el Cáucaso, pero también en Palestina, Jordania, Abisinia, Sudán, Arabia, Irán y el sur de la India, lugares extra europeos que pueden estar relacionados de una u otra forma con la misma cultura que produjo los dólmenes y menhires occidentales. Los propios monumentos faraónicos del Imperio Antiguo no están lejos del significado funerario del megalitismo, aunque su evolución formal es espectacular. Más difícil sería encontrar un vínculo entre monumentos no demasiado diferentes encontrados en Corea, Japón, Indonesia, Isla de Pascua o los países andinos... aunque algunos lo han intentado, incluso realizando expediciones en embarcaciones rudimentarias para demostrar, al menos, la viabilidad de estos contactos.

Con los conocimientos actuales, puede afirmarse su conexión con un determinado tipo de sociedades del neolítico final y de la edad de los metales así como con conjunto de creencias religiosas a las que pertenecerían los enterramientos colectivos y el culto a los antepasados que se deduce de las grandes construcciones megalíticas.

Múltiples teorías se han barajado sobre el origen, funcionalidad y tipo de sociedad ligados al megalitismo, pero antes de conocerlas someramente sería importante recordar la

visión más tradicional (no por ello menos verosímil), y hacer un repaso descriptivo de estos inquietantes monumentos.

El posible origen oriental y religioso

Aunque desde hace cincuenta años vienen apareciendo teorías que defienden todos los puntos de vista imaginables, la mayoría de los prehistoriadores y arqueólogos están de acuerdo, con matices, en que el origen del megalitismo se encuentra en el Mediterráneo oriental (Siria, Palestina y tal vez Anatolia) en el V milenio a.C., lugares donde el neolítico había nacido y donde se habían realizado más progresos en el uso de los metales, inicialmente el cobre y después el bronce.

En aquella zona, los poblados neolíticos se veían frecuentemente asaltados por tribus de pastores que estaban (y están) organizados en sistemas familiares caracterizados por grandes clanes que permiten proteger sus ganados. El jefe supremo del clan mantiene cohesionado el grupo y su poder es tal que se prolonga tras su muerte en forma de culto a los antepasados más notables, a quienes los vivos dedican un edificio digno para que sigan ayudando al clan. Sin embargo, el carácter nómada y, a menudo, la pobreza de estos grupos impide la realización de estas obras arquitectónicas, al menos hasta que se produce el aumento de riqueza y de mano de obra que supone conquistar un rico poblado agrícola. Parece lo más lógico que los monumentos megalíticos surgieran de la fusión de todos los elementos humanos presentes en aquel entonces, del liderazgo de los pueblos pastores y de la riqueza y mayor desarrollo cultural de los agricultores. También estos últimos aportaron el necesario sedentarismo y algunos otros cultos que podemos percibir en el fenómeno megalítico, como el de la diosa madre o el del sol, así como determinadas características artísticas, como el gusto por lo geométrico.

Curiosamente, varias teorías alternativas que cifran el origen del megalitismo en regiones occidentales, como la península ibérica o en la Bretaña francesa (pues se han podido datar sus restos, mediante el carbono 14 en el V milenio), explican que los monumentos megalíticos, profusamente decorados con juegos geométricos, por cierto, parten de una sociedad no sólo de base pastoril, sino con un fuerte componente agrícola, lo que ha podido demostrarse por el estudio del polen de la época. La antigüedad de los restos podría explicarse también por la riqueza de las minas de estaño en dichas regiones, material del que era deficitario el Mediterráneo.

En cualquier caso, el proceso que tiene lugar en la actividad económica y social, pero sobre todo en la mente del ser humano tras el neolítico, es la clave del futuro desarrollo de la civilización. Un cambio climático o un aumento de la población obligó a pensar de otra manera que los depredadores y recolectores paleolíticos, si se quería sobrevivir. De la unidad con la naturaleza que parece expresarse en el arte de Altamira, los seres humanos pasaron a dibujar esquemas de los animales, de las escenas o de ellos mismos, y después a inventarse un mundo que sólo estaba en su interior, un mundo de geometrías y de símbolos. El neolítico no sólo trajo los inventos de la agricultura o la

ganadería, de la rueda, el tejido o la cerámica, sino que sobre todo se inventó el mundo interior; el ser humano se hizo creador de ideas además de productor de alimentos. Creó el otro mundo dentro de su mente, y con la conciencia apareció el dualismo del bien y del mal, de la vida y de la muerte, y tras ella las religiones y los ritos funerarios complejos, que fueron transmitidos a los descendientes por un lenguaje cada vez más rico. El precio que hubo de pagarse por este progreso fue la pérdida de la inocencia, recogida en todas las tradiciones religiosas (y actualizadas en cada individuo en un momento impreciso de la infancia), la pérdida de la unidad con el todo y la necesidad de volver a encontrar la seguridad, la paz interior, la vida eterna.

Tal vez esa angustia es la que espoleó a los constructores de las tumbas megalíticas a realizar esos sobrehumanos esfuerzos, con técnicas ingeniosas, dirigidos sin duda por las mentes más destacadas de la tribu. Enterramientos colectivos en emplazamientos especialmente escogidos que nos hablan del culto a los antepasados, del reencuentro con el seno materno simbolizado en la tierra, y también de la prolongación de la vida garantizada por una morada funeraria indestructible.

Los principales monumentos

Aunque no se comparta plenamente, podemos seguir a efectos descriptivos la línea marcada por la teoría difusionista oriental clásica, que incide en el avance del fenómeno desde un solo núcleo originario cercano a próximo oriente. Así, podemos constatar, en primer lugar, la existencia en torno al lago Genezaret, en **Palestina**, de miles de dólmenes de dos a tres metros de altura y numerosas tumbas de corredor de 6 a 8 metros. Al norte de Jerusalén puede apreciarse una tumba de 54 metros de largo, dos de ancho y cinco de alto, y en **Jordania** existe una corona de menhires de 300 metros de diámetro que resulta difícil no relacionar tipológicamente con los enterramientos existentes en el occidente europeo, al igual que las torres cónicas llamadas *navamis* en el Sinaí, semejantes a los *tholoi* de Micenas o los *talayots* menorquines. Los restos cerámicos que acompañan a estos enterramientos están fechados entre el V y el IV milenios, por lo que su antigüedad nos induce a pensar que fueron los más antiguos de entre los monumentos megalíticos, aunque aún no están resueltos los problemas de datación, pues muchos monumentos no contienen restos óseos, cerámicos o metálicos que permitan establecer con exactitud su antigüedad.

Sobre algunos de estos menhires, determinados grupos de beduinos siguen realizando sus oraciones y ofrendas, al tiempo que vierten aceite sobre los monolitos. Por cierto que esta costumbre también está descrita en la Biblia, ya que los hijos de Israel utilizaron estas grandes piedras y los espacios por ellas definidos como lugares sagrados, en un sincretismo comparable al que los celtas o los cristianos medievales tuvieron al mezclar sus creencias con estos monumentos preexistentes.

El lento proceso de expansión de unas creencias religiosas, de la metalurgia del cobre y del bronce y de un estilo arquitectónico ligado a ellas duró más de dos milenios, sin que, como indicamos, aún estén resueltos los problemas de cronología y de significado que

han hecho dudar del origen geográfico del fenómeno megalítico y han podido sostener su nacimiento en occidente. Pero insistimos que lo más fácil de explicar sería que desde sus bases originales en el creciente fértil se haya extendido a Egipto, a las islas del Mediterráneo y a la península ibérica, desde donde se difunde por las costas atlánticas, de la mano tanto de misioneros como de buscadores de metales o comerciantes.

En la isla de **Malta**, así como en la vecina Gozo, encontramos tal vez los restos más antiguos del Mediterráneo insular, lo que pudo hacer pensar, junto con su impactante originalidad, que se trataba de una cultura autóctona de la isla, lo que no es sostenible hoy día por su demostrada relación con otras islas del Egeo, con Palestina y Asia Menor. El monumento más antiguo es la *Gigantija*, en Gozo, templo y tumba de enormes proporciones y aspecto tosco datada en el IV milenio. Tiene forma de trébol, de unos 30 metros tanto de largo como de ancho, a la que se unió un nuevo templo elipsoidal posteriormente. Como en otros monumentos del archipiélago maltés, se han encontrado muchos restos de pintura roja por los muros exteriores, fachadas, altares, pasadizos e interior de las paredes de la construcción. Claro indicio de la densidad de población alcanzada, ligada a la aparición de estas sociedades, es el descubrimiento en el monumento de Hal Saflieni de más de 7.000 cadáveres, embadurnados con ocre rojo pulverizado, y con decoración mural también en ese color, que tal vez simbolizase la vida a la cual se pretendía dar continuidad con los enterramientos. De mayor belleza y refinamiento es el templo funerario de Hagar-Kim, no lejos de la costa en Malta, que llegó a tener hasta 12 metros de altura, con algunas piedras de más de 30 toneladas. En la misma costa encontramos el conjunto de Mnajdra, con templos que siguen la vieja estructura en trébol, o el más grande, el de Hal Tarxien, que ocupa una hectárea aproximadamente. En su interior destaca la existencia de esculturas, algunas con forma de cabeza de toro, sólo una de gran tamaño (2,5 m.), que representa una mujer, así como abundante decoración geométrica, especialmente espirales ¿representación del agua marina, tal vez? ¿Quizás imágenes de los ojos de la diosa madre? Algunos estudiosos se han sorprendido de la coincidencia casi absoluta entre la silueta de algunas de estas diosas y la planta de los templos en forma de trébol, lo que sugeriría una concepción de la muerte como vuelta al seno materno.

Las islas de Malta y Gozo pudieron ser santuarios de esta nueva religión, y a ellas llegaron desde puntos muy lejanos, pero fundamentalmente de su entorno continental e insular, hacia donde esparcieron su influencia y desde donde recibieron, a mediados del tercer milenio, una oleada conquistadora que destruyó repentinamente esta civilización con fama de albergar a sabios, magos y curanderos.

En **Cerdeña** encontramos numerosas conexiones con occidente, fundamentalmente en la aparición de numerosos vasos campaniformes, de los que hablaremos en seguida como una seña de identidad común europea casi coincidente en el tiempo y en el espacio con el megalitismo.

Especialmente sugerente es el *domus de janas*, la casa de hadas, en el que encontramos en torno a dos salas rectangulares, muchas más salas dedicadas a los enterramientos y un atrio que parece corresponder a un palacio subterráneo. En sus paredes

podemos encontrar una decoración que parece una compleja simbología de espirales dobles, círculos concéntricos y líneas en zig-zag sorprendentemente similares a los de las tumbas de túmulo irlandesas. También encontramos, como en la vecina Córcega, los menhires antropomórficos, generalmente femeninos, algunos de tres metros y medio.

Pero lo más espectacular de Cerdeña es la construcción, hacia mediados del II milenio, de más de 6.000 *nuragas*, torres en forma de tronco de cono truncado con posible función de vigilancia, además de la propiamente cultural o funeraria, de la misma manera que las torres de Córcega y los *talayots* de Baleares. Son sorprendentes también las llamadas tumbas de gigantes, el último de los monumentos sardos, enormes construcciones funerarias casi siempre cercanas a una nuraga que tienen la particularidad de poseer una especie de puerta que algunos arqueólogos han interpretado como la puerta del alma, al modo de la que aparece esbozada en los sarcófagos egipcios.

En **Córcega** encontramos por primera vez la humanización de los menhires, pero muy pronto se va a imponer el estilo megalítico de la vecina Cerdeña, probablemente de la mano de pueblos sardos más agresivos, arrinconando en el norte a sus antiguos y pacíficos pobladores. Aristóteles recoge la tradición de que los menhires eran trofeos que los guerreros principales ponían alrededor de su tumba, uno por cada enemigo abatido, lo que podía muy bien aplicarse a la cultura megalítica sarda.

En **Baleares** destacan los *talayots*, como ya hemos indicado, cuya función sería de vigilancia y de culto. Las *navetas* son mausoleos colectivos en forma de nave invertida, hasta hace poco utilizadas por los pastores como rediles, y las misteriosas *taulas*, en recintos en forma de herradura ligados al culto al toro, por los numerosos cuernos encontrados. La presencia de leves restos óseos humanos encontrados en lo alto de alguna de estas taulas nos hace pensar en la posibilidad de la exposición de los cadáveres a las aves carroñeras, como lo siguen haciendo los parsis en sus “torres de silencio” de la India. Sorprendente también es la misma exacta orientación en todas las taulas, lo que ha sido estudiado por los paleoastrónomos, al igual que otros detalles de los monumentos megalíticos.

Mención destacada merece el megalitismo en la **península ibérica**, que se constituye en un verdadero puente (tal vez de ida y vuelta) entre las manifestaciones megalíticas mediterráneas y las propias de la cultura atlántica. Se han encontrado los más variados monumentos, con restos que podrían remontarse al 5000 a. C., es decir, de una impresionante antigüedad, lo que ha permitido a algunos notables historiadores cifrar el inicio del megalitismo en suelo peninsular, particularmente en Portugal. Sin embargo, los restos más antiguos se encuentran en el sureste, y se han encontrado importantes paralelismos con Anatolia y otros lugares del este del Mediterráneo. El yacimiento de Los Millares tiene 75 túmulos, que encubren tumbas de corredor con salas circulares. Algunas veces las losas de cierre de estas tumbas tienen el característico “agujero para el alma” que ya encontramos en otros monumentos funerarios megalíticos del Mediterráneo insular. Los ajuares muestran el activo comercio que existía entre un lado y otro de dicho mar, así como

paralelismos culturales que pueden apreciarse en las figurillas femeninas encontradas y en la decoración geométrica.

En Antequera (Málaga) podemos encontrar los monumentos más bellos de la península, como es la cueva del Romeral, dolmen de corredor emparentado con los tholoi micénicos, y la cueva de la Menga, de 25 metros de una galería que incluye al final tres pilares que dividen dos naves de más de tres metros de altura. La piedra de la cueva de la Menga se trajo desde un kilómetro de distancia, lo que es muy de destacar pues sólo el techo de la cámara pesa más de 170.000 kg. Del mismo tipo es el dolmen de Soto, en Huelva, que destaca por los dibujos esquemáticos de sus paredes, y en particular por el “rostro de búho”, similar a otros ya descritos. Tal vez la idea de estatua menhir venga de estos enterramientos (si no de Córcega, como ya indicamos) y de ahí se extendió al resto de los enclaves megalíticos. Por último, son bastante espectaculares los dólmenes de Matarrubilla (Sevilla) y el de la Pastora (Huelva). Muy numerosas y antiguas, aunque menos complejas formalmente, son las manifestaciones megalíticas del oeste, norte y noroeste peninsular, fundamentalmente túmulos con dólmenes, menhires y círculos.

También suele considerarse que el **vaso campaniforme**, vasija cerámica en forma de campana invertida con bandas de decoración geométrica, que tuvo un papel homogeneizador del centro y del oeste europeo en la edad del bronce, es un fenómeno de origen peninsular desde donde se propagó al resto del continente, uniendo los países nórdicos, los países del este europeo, los mediterráneos y los atlánticos: un verdadero paneuropeísmo. Posiblemente fue una codiciada mercancía de activos comerciantes itinerantes, o el resto de un pueblo nómada que deambuló por todo el continente con aires conquistadores (como puede demostrar el ajuar de armas de metal encontrado en los enterramientos). Hemos de pensar que las extensiones culturales en aquellos momentos se hacían, en parte por el comercio y la búsqueda de recursos (obsesiva en el caso de los metales durante la edad del Bronce), pero también por la conquista, dado el perfil bélico de este período. Las variedades tipológicas del vaso campaniforme han dado origen, cómo no, a nuevas teorías sobre otros orígenes extrapeninsulares.

La **Bretaña** francesa cuenta también con una cultura megalítica de gran antigüedad, ya que las dataciones más conservadoras de sus primeros restos indican fechas cercanas al 4000 a.C.. Pese a la distancia, seguimos encontrando el mismo hilo conductor, el culto a los muertos que une el megalitismo con una civilización que consideramos hoy más evolucionada como era la egipcia, ambas rigurosamente coetáneas. Si consideramos que las pirámides más antiguas son siempre posteriores al 3500 a. C. (no así otros modelos de tumbas, no obstante), nos puede parecer lógico dudar del sentido de la difusión de esta idea religiosa, y dar pábulo, nuevamente, a las hipótesis que sitúan en el oeste el origen de estas creencias. A destacar los muy antiguos dólmenes de corredor, las interminables avenidas de menhires de Carnac (¿existe algún paralelismo con las avenidas de esfinges de la otra Karnak, la del templo de Amón, en el valle del Nilo?), algunos de más de 20 metros de longitud, que nos mueven a compararlos con los famosos obeliscos egipcios, aunque éstos últimos la mitad de pesados. Se repiten igualmente los círculos concéntricos y demás decoración geométrica que es un punto de unión entre diferentes estilos megalíticos, y

representaciones de la diosa-madre, principio femenino o como queramos llamarlo, también con ojos muy destacados o con una corona de rayos.

En **Gran Bretaña** vuelven a repetirse los motivos decorativos y las tipologías constructivas de la cercana península bretona, pero resulta excepcional la perfección de algunos de los monumentos que allí encontramos. Aunque existen varios círculos de piedra, llamados *cromlech*, el más notable que se ha conservado es, con mucho, el de Stonehenge, en el sur de Inglaterra. Consta de un círculo de 30 pilares, que alcanzan casi los 5 metros de altura, sobre el cual existía un arquitecónico continuo de losas de un metro de espesor, hoy desaparecidas parcialmente, y en su interior se completa con una doble herradura de piedras aun más altas. Su datación (no digamos su significado) es uno de los grandes misterios de la prehistoria europea y la causa de interminables disquisiciones académicas. Si el final de su construcción se hubiera producido aproximadamente en el año 1800 a. C., su orientación coincidiría exactamente con la situación de solsticios y equinoccios en aquel momento, por lo que estaríamos hablando no sólo de un lugar de culto, que nadie niega que lo fue, sino de un verdadero calendario solar y lunar, capaz de ayudar a predecir eclipses de luna, lo que excede, con mucho, a los rudimentarios conocimientos que atribuíamos a estos seres humanos de la edad del bronce, por cierto, enterrados no lejos del famoso círculo pétreo.

A sólo 30 kilómetros se encuentra Avebury, mucho menos conocido, pero que fue en el momento de su construcción más espectacular incluso que Stonehenge, con sus 15 metros de altura y su círculo de piedra que encerraba otros dos más pequeños hasta que desapareció por completo a mediados del siglo XVIII. Muy cerca de allí se encuentra el mayor túmulo (*barrow* en inglés) prehistórico de Europa, el Silbury Hill, con sus 40 metros de altura y 90 de radio, y también el enorme West Kennet Barrow, lugar de culto y enterramiento colectivo.

En **Irlanda** continúan las mismas ideas pero plasmadas con la originalidad y difícil interpretación que parecen consustanciales con todo lo que se hace en esa isla. En New Grange, un círculo de 30 menhires rodea a un túmulo, coronado por otro menhir, que guarda en su interior un corredor de 90 metros que lleva a una sala también circular de 6 metros de altura, alrededor de la cual hay otras tres cámaras en forma de trébol ¡se repite la misma estructura de los templos de Malta! Y si no fuera suficiente esta coincidencia, en sus paredes encontramos grabadas las mismas espirales, las líneas en zig-zag, los habituales círculos concéntricos, soles... La datación en el 2800 a. C. no dista tampoco demasiado de las construcciones maltesas, lo que resulta desconcertante y difícil de explicar.

Los **países nórdicos** también cuentan con un megalitismo rico y variado, y así las 3500 tumbas megalíticas de Dinamarca van desde los pequeños enterramientos iniciales a los grandes círculos semejantes a los *longbarrows* bretones, llamados camas de gigantes. Sabemos que desde el IV milenio es importante por estas tierras el comercio del ámbar, factor vital para la extensión del megalitismo al norte de Alemania, a **Holanda** (cuyos restos han demostrado las conexiones con el interior del continente, siguiendo la línea del Rin y del Danubio hasta **Hungría**), y también a Suecia, donde encontramos ajuares sorprendentemente ricos (dagas portuguesas de cobre ligadas a vasos campaniformes, joyas

irlandesas, adornos de oro...) que hacen pensar en la relación del megalitismo con este comercio de lujo que inicia su momento de esplendor a mediados del tercer milenio.

En conjunto, se han cifrado en 50.000 las construcciones megalíticas existentes en la actualidad en Europa, sin duda una pequeña parte de las que se erigieron en aquellos tiempos, lo que nos hace pensar en una verdadera unidad cultural continental en épocas prehistóricas, un anticipo de relaciones e intercambios más intensos que tendrían lugar en lo sucesivo.

Diferentes hipótesis y precauciones en la interpretación

El modelo interpretativo difusionista, que prevalece para la explicación de casi todos los fenómenos prehistóricos (sea el origen del hombre, en el que todos los investigadores coinciden que tuvo su foco en África oriental, sea la aparición del neolítico o las grandes civilizaciones urbanas, situadas casi unánimemente en el creciente fértil), se puso en entredicho a la hora de tratar el fenómeno megalítico. Los grandes descubrimientos, muchos de ellos relacionados con las obras ferroviarias, coincidieron con un momento de singular expansión europea, la época del imperialismo de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, en que Europa aparecía como centro del mundo, irradiando su cultura de modo casi unidireccional a todo el planeta. El megalitismo se presentaba, si no como fenómeno exclusivo de Europa, sí como originado en este continente, y particularmente en su zona occidental. Occidente se independizaba simbólicamente del tirón cultural que siempre ha provenido de oriente.

Pero pasado el fervor occidentalista, particularmente después de la II Guerra Mundial, la visión que parece imponerse se parece a los modelos interpretativos que interrelacionan todos los fenómenos en un sistema mundial, al modo en que lo hace Immanuel Wallerstein para el moderno sistema capitalista, y pone el énfasis en los contactos y las mutuas interrelaciones que tienen todos los lugares que comparten culturas semejantes. De esta forma se pueden establecer nexos de unión y explicar, igualmente, las particularidades sin caer en la dependencia o inferioridad de un lugar sobre otro. Es decir, que la Europa del pasado fue un lugar de intercambio, pasando a un segundo plano quién era, en cada caso, el invasor o el invadido, pues curiosamente esto pudo variar en los largos milenios del neolítico y la edad de los metales.

Otra lucha entre arqueólogos, también bastante bizantina pero siempre con trasfondo político, consistía en establecer qué era lo importante en la edad del bronce, es decir, cuál era el factor civilizador, si la religión, la economía o el poder político. De hecho, hoy mismo, los entendemos asociados, muchas veces sin posible separación entre unos aspectos y otros. Así, historiadores marxistas defendieron la supremacía de las relaciones económicas, mientras los arqueólogos positivistas basaban su argumentación en la difusión de un determinado material o de una idea religiosa, sin llegar a un punto de fácil acuerdo si se contemplaran ambas teorías como las dos caras de la misma moneda. Innumerables discusiones entre arqueólogos progresistas y conservadores sobre la división de clases en el

neolítico y la edad del bronce hoy nos parecen menos relevantes, pues admitimos una estratificación social que no puede compararse con las categorías actuales por las cuales, en realidad, luchan.

De nuevo se hace necesario, al estudiar el pasado desde el presente (lo que parece en todo caso inevitable), vencer los prejuicios y preocupaciones de nuestro tiempo y conocer, lo más minuciosamente posible, las características de los tiempos pasados que estudiamos, en nuestro caso el fenómeno megalítico anterior a la edad del hierro. Cualquier intento de extrapolar la situación presente y llevarla con calzador al pasado (el actualismo o historicismo) conduce al fracaso. Más bien se trata de buscar en aquellos tiempos lo que de verdad sí anticipaba las condiciones de hoy día, yendo sin prejuicios en una búsqueda que no sabemos a qué conclusiones nos va a llevar. La presencia de los megalitos no significa, a nuestro entender, una determinada creencia o un tipo rígido de sociedad en la época, sino una práctica variopinta nacida de una estrecha interrelación entre formas de vida y de pensamiento diferentes, posible gracias a un estilo de convivencia que se difunde contagiosamente. Así, un menhir puede representar para unos una deidad, y para sus vecinos un límite territorial, y las ideas pueden ser compatibles en el mismo espacio.

Algunos autores consideran que los monumentos megalíticos y los túmulos que los recubrían se construyeron sobre lugares de habitación que quedaron arrasados al convertirse en tumbas. Otro apuntan a la vocación de humanizar el paisaje, de “monumentalizarlo”... Casi todos los historiadores están de acuerdo en que se trataba de una sociedad bastante igualitaria, como parece deducirse del hecho de que los enterramientos fueran colectivos y de que la división del trabajo fuera aún precaria. Sin embargo, sin duda se destacó alguien lo suficientemente inteligente, audaz o poderoso para diseñar los monumentos y dirigir los trabajos. Sabemos también que no todos los miembros del clan eran enterrados en estos lugares privilegiados, por lo que existiría una especie de distinción social post-mortem. Los espacios cerrados o circulares creados por monumentos como los templos de Malta o los *cromlechs* podrían haber servido para crear distinciones entre los asistentes a una ceremonia, según el lugar ocupado en la construcción, dentro o fuera del círculo de elegidos, y algunos historiadores dan importancia a los deliberados fenómenos acústicos que contribuirían a incluir más o menos a los participantes.

De nuevo hipótesis no plenamente confirmadas, o de difícil generalización, pues pese a lo extendido del fenómeno, la variedad y la creatividad de los constructores megalíticos no deja de sorprendernos. Tal vez observando estos imponentes monumentos, pensando en la importancia del megalitismo en la Europa de entonces, veamos como naturales los contactos que siempre han existido por mar y por tierra en el continente y cómo las ideas se han adaptado regionalmente. A partir de ahí, tal vez lleguemos a defender las particularidades locales, o quizás todo lo contrario, o simplemente comprendamos mejor las complejas interrelaciones entre los grupos humanos.

En cualquier caso, tras aquellas manifestaciones arquitectónicas, se estaba construyendo una mentalidad que posiblemente siga viva hoy día, tras del ropaje que haya podido añadirse en los últimos milenios. Es trabajo de cada uno llegar a la propia definición

de Europa, una tarea que requiere espíritus constructores, como las de aquellos oscuros pero tenaces albañiles megalíticos.

BIBLIOGRAFÍA Y DIRECCIONES WEB

Arribas Palau, A., Molina González, F. (1984): “Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica”. En *Scripta Praehistorica*. Salamanca.

Champion, T., Gamble, C.; Shenan, S. y Whittle, A. (1988): *Prehistoria de Europa*. Barcelona, Crítica.

Cornwell, B. (2000): *Stonehenge. Una novela del año 2000 a.C.* Barcelona, Edhasa.

Criado Boado, F., 1989: “Megalitos, espacio, pensamiento”. *Trabajos de Prehistoria*, 46.
Delibes, G. y Fernández-Miranda, M. (1993): *Los orígenes de la civilización. El Calcolítico en el Viejo Mundo*. Madrid, Síntesis.

González Marcén, P., Lull, V. y Risch, R. (1992): *Arqueología de Europa, 2250-1200 A.C. Una introducción a la “Edad del Bronce”*. Madrid, Síntesis.

Gutbrod, K. y otros (1987): *Historia de las antiguas culturas del mundo*. Barcelona, Serbal.

Renfrew, C. (1984): “Arqueología social de los monumentos megalíticos”. *Investigación y Ciencia*, 88.

Vicent, J.M. (1988): “El origen de la economía productora. Breve introducción a la historia de las ideas”. En López, P. (ed.): *El Neolítico en España*. Madrid, Cátedra.

VV. AA.(1987): *La protohistoria de Europa. El neolítico y el calcolítico entre el Mediterráneo y el Báltico*. Barcelona, Labor (Nueva Clío).

<http://www.terra.es/personal/afraguas/megalit.htm>

<http://www.antropos.galeon.com/html/MEGALITICO.htm>

<http://www.ucm.es/info/arqueoweb>

<http://www.banyolescultura.net/portaesp.htm>

TEXTOS

El vaso campaniforme

“Los vasos campaniformes y sus formas muy antiguas, se encuentran en Sicilia, Cerdeña, Italia, pero sobre todo en España y es costumbre considerarlos originarios de aquí. En todo caso, se trata de una de las piezas de la civilización que nos ha dejado los monumentos megalíticos. La difusión del vaso campaniforme por la Europa occidental es un indicio de la unidad de ésta. Es la pieza típica de la cerámica de los megalíticos y, en la mayor parte de Francia, toda su cerámica la recuerda más o menos...”

Los vasos campaniformes se difundieron por la región costera del nordeste de Europa, en la zona de los monumentos megalíticos, y, a falta de ejemplares clásicos, se encuentran sus imitaciones en muchas sepulturas danesas. Pero se encuentran en otras regiones, fuera de la zona megalítica”.

Hubert, H.: *Los celtas y la civilización céltica*.

Los constructores de megalitos

“Los monumentos megalíticos constituyen otro de los temas clásicos de las disputas arqueológicas. Estos recintos, contruidos con piedras de gran tamaño ya llamaron la atención de los arqueólogos del siglo XIX, quienes acuñaron el término “megalito” (del griego *megas* = grande y *lithos* = piedra) para designarlos (...). La primera ordenación temporal de los monumentos megalíticos fue llevada a cabo por Montelius (1876) quien, bajo parámetros taxonómicos asociados a la idea de progreso, propuso una evolución desde formas sencillas (cámaras simples) a complejas (sepulcros de corredor). Sin embargo, las dataciones absolutas han supuesto un cuestionamiento de las tipologías tradicionales. Ahora parece evidente que el megalitismo no fue un fenómeno exclusivo de la segunda mitad del III milenio A.C., sino que en algunas zonas se remonta incluso al V milenio A.C.. También se ha desechado la premisa según la cual, a menor complejidad constructiva correspondían monumentos de mayor antigüedad. Así, por ejemplo, en Bretaña los grandes conjuntos megalíticos se inician en el V milenio A.C., mientras que, a partir de la primera mitad del II milenio A.C., aparece otro tipo de construcción megalítica de menores dimensiones”.

Paloma González y Vicente Lull: *Arqueología de Europa, 2250-1200 A.C..*

Trabajos colectivos

“Hicieron falta doce hombres provistos de largas palancas de roble para alzar la piedra de la narria. Saban creyó que las palancas se quebrarían, pero en vez de eso la piedra se fue desplazando poco a poco, una acometida tras otra, y cada embate alzaba y hacía avanzar la piedra otro dedo. Los hombres acompañaban sus esfuerzos de cánticos y sudaban a

raudales, pero, al cabo, el propio peso de la piedra la hizo caer de la narria a la rampa. Los hombres se dispersaron temerosos de que la piedra se desplomara hacia atrás y los aplastara, pero, tal como había planeado Galeth, se deslizó pesadamente sobre las tablas engrasadas para quedar encajada al fondo de la rampa. Galeth se enjugó el sudor de la frente y dejó escapar un suspiro de alivio”

Bernard Cornwell: *Stonenge. Una novela del año 2000 a.C.*

Dificultades de datación

“El objetivo principal de la mayoría de estas construcciones fue el funerario. Son tumbas de enterramientos colectivos –en el sentido de sucesivos-, practica que refleja, según se admite generalmente, el reconocimiento de unos lazos de parentesco por parte de las comunidades que las construyeron. Aparentes muchas a simple vista, recientes y cuidadosas excavaciones han permitido reconocer la complejidad de estas construcciones –monumento y túmulo-, que requerían un esfuerzo colectivo importante para la obtención de la piedra y durante las diversas fases constructivas. El hecho de su continua reutilización es la principal causa de la dificultad de fechar la construcción de estas tumbas. Efectivamente, el uso repetido del mismo espacio hace que en el momento de cada utilización haya que ‘hacer sitio’, arrinconando anteriores enterramientos; esto conduce a que la mayoría de las veces sea imposible identificar cada enterramiento con su ajuar, y a que no haya seguridad de que realmente se ha encontrado el conjunto más antiguo, cuyo estudio tipológico y, aún mejor, su posible datación radiocarbónica nos confirme el comienzo, y no algún momento, de su utilización”

María Ángeles del Rincón Martínez: “El neolítico y el calcolítico en la península ibérica”